

utilizan como hechizo, creyendo que el ponérsela en la nariz les preserva, en los días calurosos, de las hemorragias nasales. El hechizo común de los cazadores que disparan contra los elefantes consiste en coger una tortuga, cuando se encuentra, y escupir sobre ella y después de ponérsela sobre la frente, volver á soltarla: esto se hace con cualquier tortuga que se halle al paso, sea grande sea pequeña. Más adelante, cuando nos ocupemos de las naciones sud-africanas apasionadas por la ganadería, como las de los bethuanes, zulús, wapokomos y dinkas, vendremos en conocimiento de una porción de usos relacionados con la cría y cuidado de los rebaños.

Otro círculo de leyendas que comprende á todos los pueblos negros es el de los árboles gigantes. De estos árboles pretenden haber salido pueblos enteros, que creen que de sus ramas penden espíritus buenos, cuelgan de ellas varios trofeos, entierran sus muertos bajo su sombra, y celebran debajo de aquéllos solemnes asambleas en las cuales se ajustan tratados. Este culto de los árboles es interesante, pues de él deriva indudablemente una parte de poesía natural y él enlaza los recuerdos que muchos pueblos tienen del árbol de la creación y del árbol divino. El árbol más corpulento que vió Frank Oates desde Natal al Zambezé, fué un baobab colosal que se alzaba en Unwungu, en el país de los matabeles. Los indígenas rodeaban de cierta poesía á este coloso, al cual daban el nombre de «árbol Induna», porque sus caudillos habían bebido á su sombra en distintas ocasiones. Entre los wapokomos y la mayor parte de los africanos occidentales, es este mismo árbol colosal objeto de veneración: entre los hereros, este «árbol madre», como ellos lo llaman, es el *quercus africana*, según Andersson, y según las descripciones de Chapman, Baines y otros, el anajiris de los boers, *laurus bullata*. Los damaras veneran este árbol y su madera, de tal modo que llegan á tenerle miedo y hacen grandes rodeos para evitarse pasar por los lugares en que crece. Los sitios en donde existe tal árbol toman de él sus nombres, como por ejemplo Omumborombonga (según Galton Ombarombonga) en el país septentrional de los damaras, y estos sitios son tan conocidos por el pueblo, como lo eran entre los antiguos germanos los bosques sagrados. En las selvas más umbrías suele haber también cabañas de fetiches.

La fantasía de los negros hace del agua el tercer círculo de sus supersticiones: los manantiales y los torrentes tienen sus espíritus: el ukerewe tiene en Uganda su pareja sacerdotal propia, cuyo poder es únicamente inferior al de los reyes. También el Logone tiene su sacerdote y en prueba de que lo violento no deja de tener su influencia en la fantasía de los negros, los caudillos batokas, cuando todavía dominaban en el Zambezé central, mantenían como lugares sagrados dos islas al borde de la formidable catarata.

La luna tiene una atracción más poderosa para el espíritu de los negros. A cada nueva aparición de este astro celebran estrepitosas fiestas nocturnas, y sus eclipses inspiran terror. Frank Oates que presenció en el país de los matabeles y en unión de algunos indígenas, un eclipse de luna, vió como aquéllos arrojaban tizones encendidos al astro que se apagaba, acompañando esta acción con maldiciones y conjuros. La sombra es, para ellos, humo: otros créense amenazados por un monstruo de la luna. Un eclipse se considera siempre cosa mala, el cuarto menguante como período funesto y el cuarto creciente como benéfico. El sol no es, ni puede con mucho, ser objeto de tanto cariño, debido esto á que dicho astro se cubre muy pocas veces en África. Los negros procuran atraerse con hechizos, cuyo notable procedimiento hemos de ver luego más detenida-

mente, la lluvia que, dado aquel clima esencialmente seco, constituye uno de los mayores beneficios. También entre los cafres son los cometas de mal agüero: entre los bethuanes lo son tanto más, cuanto que al gran cometa de 1816 sucedió una sangrienta invasión de matabeles. En ellos ven algunos un presagio de la muerte de un caudillo; otros un aviso de algo que contraría el deseo. Cuando aparece algun meteoro, arrojarse los schilluks tres veces al suelo: otros negros del Nilo escupen tres veces al verlo.

De los terremotos hablan estos pueblos de muy mala gana: Livingstone se esforzó en vano por proporcionarse en los pueblos nyassas algunas noticias sobre los mismos. Lo que parece fuera de toda duda es que siempre se les relaciona con malos espíritus y se les considera como signos funestos. Por esto debe considerarse como un paso notable hacia ideas más racionales el hecho de que, después de un espantoso terremoto ocurrido en Magomero, á consecuencia del cual desprendiéronse de las cimas de las montañas grandes peñascos, se reunieran todos los sabios del país para discutir ese acontecimiento y convinieran en que había caí-



Un fetiche de objeto desconocido, en Lunda (de un croquis del Dr. Max-Buchner)

do desde el cielo una estrella al mar que, al entrar en ebullición, había puesto en movimiento á toda la tierra, comparando el fenómeno con el efecto que produce una piedra calentada al rojo y echada en un puchero lleno de agua. La opinión del «pueblo» no es, sin embargo, esta, pues J. Chapman que, en 1854, presenció un fuerte terremoto en la ciudad de Setscheli, vió con sorpresa que todas las mujeres se lanzaban á la calle con mazas y azadones y amenazaban al cielo maldiciendo á Dios con las más terribles exclamaciones. El ilustrado Setscheli no iba tan allá, pero sostenía que de seguro en algún otro país había muerto un gran caudillo, encargando á Chapman que le hiciera saber quién había sido aquel cuya muerte había producido un terremoto.

Debemos mencionar de paso la existencia de huellas de un culto del fuego que encontramos en las más diferentes tribus negras, las cuales consideran sagrado el hogar y preservan el fuego de toda impureza. Los ovahereros confían á las muchachas vírgenes el cuidado del fuego, y si alguna vez se apaga éste, sólo con ciertas ceremonias y por medio de la frotación puede volver á ser encendido. Velar por el fuego es á menudo tarea propia de los caudillos. Esta idea ha adquirido mayor desarrollo entre los africanos del Oes-

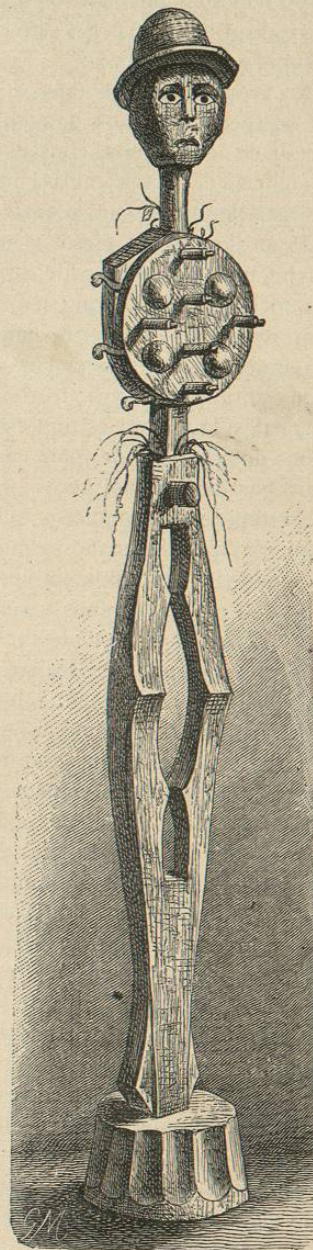
te: en Dahomey (África occidental) se coloca en una habitación una vasija con fuego y se ofrecen á ella sacrificios para que el fuego «viva» y no salga para destruir la casa. Este fuego viene á ser, según parece, una manifestación del fuego divino.

El culto de los fetiches, más generalizado entre los negros del Norte y del centro que entre los del Sud y del Este, avanza desde la encarnación de fuerzas espirituales eficaces en los objetos de la naturaleza animada é inanimada, hasta la adoración de aquéllas en los artefactos que la mano del hombre confecciona á este efecto. Esto constituye indudablemente un retroceso respecto de la adoración de la naturaleza tal como en los anteriores párrafos la hemos explicado: ello parece prescindir de la idea de los cementerios y de las mansiones de almas, pues los espíritus de los difuntos que vuelven á este mundo constituyen una gran parte de los fetiches desde el momento en que escogen como residencia cosas que por este solo hecho se convierten en santas y sagradas. La afirmación de Livingstone al opinar que cuanto más hacia el Norte se va, más concretas aparecen las ideas de los indígenas respecto de las cosas religiosas, sin que explique la causa de ello, es contraria á la acepción del culto fetiche en el sentido indicado. Esto no obstante, no cabe en este punto establecer una diferencia marcada entre los negros, pues los amuletos con que todos ellos se adornan no son, al fin y al cabo, más que fetiches portátiles. La veneración de las almas de los difuntos, esencial en este rudo sistema de culto divino, es un rasgo general en las creencias y en las supersticiones de los negros. Las figuras de madera de los bongos no tienen más objeto que recordar algún muerto, lo cual puede reconocerse más palpablemente en el llamado «Moiäogh kumarah» es decir el retrato de la mujer que el piadoso cónyuge superviviente coloca, á manera de penate, en su cabaña. También suelen colocarse estos penates como sagrada memoria de los varones que han fallecido de muerte violenta. Livingstone encontró en las aldeas de los manganjas, en Lokuswa, pequeñas chozas de unos dos pies de alto perfectamente tapadas y cuidadas que á menudo formaban grandes grupos, construídas á la muerte de un hijo ó de otro pariente cualquiera y en las cuales se colocaban los mejores manjares y bebidas para alegrar el alma del que allí dormía: este hecho recuerda demasiado las cabañas fetiches de los africanos occidentales para que pueda ser incluido en un grupo de usos distinto. Lo primero no es más que dar forma ruda á un espíritu á quien los segundos procuran honrar con igual rudeza. Para no mantener unidas ambas cosas, se necesitaría que el alma de los negros fuese más complicada de lo que en realidad es. Al propio tiempo que las chozas de fetiches, encontramos también aquellas «cabañas de almas» que se parecen á nuestros bastones esculpidos. A este culto viene á unirse naturalmente el de los cráneos cuya existencia Camerón comprobó entre los kasongos en una cabaña llena de cráneos de antepasados, adornados con perlas, que representaban una «gran medicina.»

Los ídolos, propiamente dichos, de forma humana, no están muy generalizados: así como son muy frecuentes en el África occidental, en donde los encontramos revestidos de las formas más fantásticas y caprichosas, rara vez se les encuentra en el África oriental. El experto J. M. Hildebrandt escribe: «Sólo dos veces he encontrado en el Este de África reproducciones de la figura humana: una, que ví en Usaramo, era una obra escultórica bastante bien hecha; tenía una altura de unos dos decímetros. Por más que los indígenas decían que con ella jugaban los niños, yo me inclino á creer que aquello era un ídolo. No me fué posible

adquirirlo. En cambio, pude comprar en Zanzíbar una figurita de hombre y otra de mujer en traje wayao, rústicamente talladas en madera: también allí me dijeron (seguramente á modo de evasiva) que eran un juguete.» Los baris poseen un gran número de rústicos ídolos de madera. ¿Cómo pudieron estos objetos llegar á la elevada situación que ocupan? Nos lo demuestra un ídolo indubitable que el propio viajero encontró en la bahía de Gran-Rab, y que probablemente era en su origen la imagen de algún santo, abandonada por los portugueses al ser arrojados de Mombassia, y convertida desde entonces en una especie de dios de las batallas que impulsaba á los guerreros wanikas á realizar las mayores heroicidades.

Estas imitaciones de las formas humanas sólo tienen importancia en cuanto demuestran una relación íntima entre la creencia en los fetiches y la adoración de las almas, de la que tales imágenes son como monumentos. Lo que caracteriza á los fetiches no es la cosa en sí sino el contenido ó la eficacia que se le atribuye, de suerte que uno se siente inclinado á considerar como distintivo la desatención de todo lo exterior en provecho del núcleo interior, llámese dios ó diablo. ¿Puede leerse la siguiente descripción de una cabaña fetiche de la Costa de Oro sin quedar sorprendido ante la fuerza de abstracción de un pueblo capaz de ver lo más sagrado en todas esas baratijas? La bajeza con que se representa una cosa santa está, empero, en relación con la facilidad con que decae hasta el punto de ser despreciada. «Esta choza es, como todos los templos de este país y como eran en su origen, antes de conocer á los europeos, todas las cabañas de los negros, una construcción redonda, cubierta con musgo de junco, sin ventanas, con una pequeña abertura por puerta: el interior de una de estas chozas fetiches es sumamente pobre. En el suelo hay colocado un zoquete de madera, ó una piedra ó un esqueleto de pescado, y á veces también un tambor ó un objeto cualquiera que no tiene valor ni significación alguna; á pesar de lo cual son cosas importantes para los negros, pues en ellas reside el fetiche ó «wong» al cual está el templo consagrado. Algunos cacharros de arcilla yacen amontonados en el suelo y junto á ellos cuernos de búfalo y de cabra, moluscos y plumas de ave



Un ídolo del Gabón (según Du Chaillu)

que sirven de hechizos ó de amuletos contra las brujerías. De las paredes cuelgan por todos lados baratijas y cascabeles fetiches. — Innumerables arañas tejen allí sus telas y repugnantes sabandijas pueblan aquel húmedo y oscuro espacio que es, á la vez, dormitorio del sacerdote que cuida del culto del santuario. Los murciélagos que anidan bajo el techo de musgo y los demás pájaros nocturnos consagrados al fetiche, dan vueltas, por la noche, al rededor del sagrado recinto y pueblan los sombríos y frondosos árboles que rodean la cabaña. En este espacio sagrado sólo manda el supremo sacerdote.»

En los países occidentales, en donde los fetiches parecen ser más perfeccionados, encuéntrase una especie de clasificación de los mismos, consistente en considerarlos como residencias de distintas clases de espíritus. Los negros de la Costa de Oro tienen, además de su Aniankopong, encarnado en la bóveda celeste y no representado por ningún fetiche, un gran número de espíritus invisibles que, por lo mismo que Aniankopong habita demasiado lejos de los hombres, sirven de intermediarios entre él y éstos, recompensando las buenas acciones y castigando las malas. De estos espíritus los hay de tres clases, dos de las cuales son personales: la tercera es impersonal, pero no por esto está menos dotada de poder para causar un bien ó un mal á los que á ella dirigen sus peticiones. A esta tercera clase impersonal pertenecen los amuletos que se llevan en el cuello, en las piernas y en las manos y que se colocan en las casas, y especialmente los innumerables medios de hechicería que se encuentran en caminos y veredas, en chozas y krales y cuyo significado sólo puede explicarse de una manera indeterminada diciendo que realizan los deseos y preservan de algún mal ó lo hacen pesar sobre otro. Entre los baris, que los denominan «kugur» descríbelos Marno de la misma manera que Buchner los ha descrito entre los balundas. «Además de los árboles con cráneos, encuéntrase en los corrales ramas de árboles de las cuales penden, colgadas con cuerdas, piedrecitas ó escorias de hierro: perchas de canna con musgo y plumeros son también *kugures* comunes. Pero no sólo en los corrales, sino al aire libre, en todos los caminos, en los campos, en las selvas, son de ver las cosas más extrañas convertidas en *kugures*. La mayor parte de éstos parecen objetos para juego de los niños: antiguos mojones ahuecados debajo de los cuales están amontonados zarcillos de cissus, cuerdas de musgo, ramas, etc.; pequeños montecillos de tierra adornados con maderas y piedrecitas; cacharros viejos de cocina, ó simplemente tientos de éstos atravesados con palos; ramas y montones de hojas puestas ó entrelazadas en forma de círculo; pedazos de esteras y tejidos viejos clavados al suelo con trocitos de madera.» Los pequeños fetiches ó espíritus que constituyen la segunda clase personal no son sino imitaciones de los fetiches originariamente grandes; tienen su residencia especialmente en los árboles del odum ó del algodón (*odi* se llaman, entre los madís, los espíritus benéficos que viven en la tierra y tienen la cabeza de hombre y el cuerpo de serpiente) y á veces también en las tazas de madera y en las sartenes de metal que se llenan con una masa de arcilla y de hojas. Estos pequeños fetiches tienen sacerdotes que funcionan como intérpretes suyos, anuncian su voluntad á los hombres y bailan públicamente delante del pueblo. Finalmente la primera clase, personal también, compónese de espíritus que viven en las peñas, selvas y cavernas, no en los árboles, y que, con raras excepciones, permanecen invisibles aun para sus mismos sacerdotes, á pesar de lo cual están presentes en todas partes é influyen, en bien ó en mal, en la vida del hombre, por cuya razón se les sacrifican los mejores bueyes y se les

destinan los más ilustres sacerdotes. Preciso es hacer constar que en esta caterva de espíritus no viene comprendido el dios supremo, el cual no está encarnado en ningún fetiche. Esto permite suponer que la creencia de los fetiches se elevó desde la veneración de las almas á la categoría de una fe divina pura, de la misma manera que en otros pueblos el culto de las imágenes se fué desarrollando hasta revestir formas de adoración espirituales. El enlace aparece patente allí donde, como entre los kasongos, el supremo fetiche, *Kungwe a banza*, es al propio tiempo el fundador de la familia real y el esposo de la hermana del rey, mientras que la viuda del rey, gracias á sus relaciones con su espíritu, se convierte en la más temida adivinadora.

Para aplicar debidamente estas fuerzas, que son sobrenaturales, misteriosas y muy dignas de veneración, aun cuando consistan en una muñeca de madera ó en una piedra pintada con ocre ó en el humo embriagador del cáñamo dacha, se necesitan hombres que lleguen á adquirir un dominio sobre ellos: tales son los hechiceros ó, si se quiere, sacerdotes. Cuanto más insignificante es en sí mismo un fetiche, tanto más activo y confuso ha de ser el proceder del sacerdote, cuya misión consiste en hacer que los espíritus buenos se muestren benévolos y en determinar las causas de las malas acciones de los espíritus, de tal manera que se haga posible un desagravio ó mejor un castigo. En determinadas circunstancias, ha de armar ruido adornado con cuernos y cascabeles, á manera de diablo, para espantar al diablo verdadero y hacerle huir. Según parece, todas las personas, incluso las mujeres, pueden, bajo ciertas condiciones, adquirir fuerza mágica y lograr con ello gran influencia. Una persona que, en la Costa de Oro, es elegida sacerdote ó sacerdotisa por uno de los pequeños fetiches, brinca como un loco ó un poseído, se abstiene de comer y de beber y aun de hablar, hasta que un anciano sacerdote adivina el nombre del pequeño fetiche. Cuando se descubre un pequeño fetiche, se le da una vivienda, colocándole encima de una taza ó de una sartén, en donde le son ofrecidos los sacrificios. Al sacerdote neófito se le da como asesor otro anciano, con el cual vive tres años, para que le instruya en el desempeño de su cargo. Los sacerdotes son siempre elegidos entre los jóvenes y mientras se instruyen no pueden casarse: además se les obliga á no dejarse afeitar en toda su vida. Este sacerdocio no es hereditario: cuando muere un sacerdote ó una sacerdotisa, el fetiche á cuyo servicio estaban puede elegir sucesor entre todas las familias, excepción hecha de la del rey, pues los caudillos tienen el poder ilustre de la hechicería por herencia, siendo uno de sus principales deberes, desde el momento en que toman posesión de su cargo, hechizar en bien de sus súbditos. Allí donde hay varios fetiches, los soberanos sólo se preocupan de los más grandes, de los más afines á Dios, cuyos sacerdotes, cuando existe esta distinción especial, gozan de una influencia superior muchas veces á la de los caudillos.

Puede decirse que de todo cuanto ha de hacerse prácticamente se anticipan los resultados por medio de hechizos hechos ex profeso á este objeto. Antes de comenzar una guerra, se aniquila al enemigo por medio de hechizos; antes de que llegue á la corte algún mensajero, por medio de un hechizo se conoce la misión que le trae: la próxima cosecha, el botín de caza, el feliz resultado de una expedición comercial ó de rapiña, el buen éxito tan necesario en las empresas amorosas, en una palabra el término afortunado de todas las cosas se procura conseguir anticipadamente por medio de hechizos, y sólo cuando han precedido éstos pueden la cabeza y las manos trabajar para el fin que se proponen con probabilidades de éxito. Ya se comprenderá cuán

apreciable es un medio que asegura doblemente el éxito y que constituye el placer de la vida, haciendo aparecer sólo en segundo término los esfuerzos personales, por encima de los cuales está la más cómoda y al propio tiempo la más eficaz intervención de los buenos espíritus. Además, el hechizo facilita el placer de vengarse de las ofensas, venganza que en otros puntos no se consigue, ó si se logra, viene á consecuencia de un prosaico proceso criminal; permite causar un daño al enemigo que está lejos y ampara á aquel en cuyo favor se aplica contra las malas influencias. ¿En dónde hallaría el débil justicia más fácil que esta? En una palabra, el hechicero hace al negro agradable la vida. ¿Qué de extraño tiene, pues, que dé tanto valor á esas bagatelas?

De aquí que la hechicería sea el peor enemigo del cristianismo y de la civilización. Al fundarse la colonia British-Kaffaria, nada costó tanto como reprimir los severos castigos que los hechiceros imponían á sus compañeros de tribu. En otras muchas cosas se aproximaban los cafres á la civilización más fácilmente que en estas, y aun en aquellos puntos en que se han hecho cristianos, esta antigua superstición se manifiesta todavía en ellos cual planta de múltiples y vigorosas raíces, de tal suerte que casi no hacen cosa alguna sin entregarse á estas supersticiosas prácticas. Hoy en día, no es el Sud de Africa el país en que esto priva más y sin embargo vemos que domina allí como un *genius loci* enemigo del cristianismo; pues así como los bosquimanos se dejan cautivar por las misiones, los hotentotes se muestran cristianos de buena voluntad, pero de escasa convicción. Uno de los principales rasgos característicos de los cafres es la cualidad positiva de resistencia á esta innovación y por ende su aferramiento á la creencia en los hechizos que de sus mayores han heredado. Los cafres son indudablemente, en este como en otros puntos, de naturaleza más enérgica y más activa y por consiguiente más fanática que sus correligionarios blancos. No en todos los pueblos negros serían posibles los casos que con frecuencia encontramos en la historia de aquéllos, según los cuales los mismos príncipes hacen de sus hijos víctimas para los hechizos. Es un hecho histórico el de que al morir el caudillo gaika Tyali, Tutu, la madre del caudillo Sandili, fué «humeada» por los doctores brujos como causante de aquel fallecimiento y estaba ya destinada á morir en medio de los más atroces tormentos que á tales pobres víctimas se aplicaban, cuando los misioneros y los funcionarios de la frontera llegaron á tiempo de salvarla: su propio hijo primogénito, joven de 20 años, había consentido voluntariamente en que se la martirizara.

Los misioneros, que tienen que combatir como principal enemigo la hechicería, nos dan acerca de ésta noticias detalladísimas, gracias á las cuales podemos penetrar en el arsenal de brujerías de esa superstición. Grout, por ejemplo, que es uno de los misioneros más sabios y que más crédito merecen, reproduce en los términos siguientes la narración que acerca de los actos y especialmente de las prácticas terapéuticas le hizo un brujo que se había convertido al cristianismo: «Cuando sobreviene una enfermedad, se coge cualquier objeto y se va á ver al sacerdote para consultarle acerca de la misma: cuando se llega á su presencia, el visitante se dirige á él, se sienta en el suelo, le saluda y dice: ¡Amigo, buenas nuevas! El sacerdote permanece un rato callado, toma luego su dosis de rapé y dice: Ven, deja que vayamos allí. ¿qué has traído? Luego dicen los dos: — ¡Oh rey! no hemos traído nada de valía: hemos traído algo: aquí está una pequeñez. Después derrama un poco de tabaco, sorbe otro poco y dice: — Ven, amigo mío, y habla á fin de que podamos oírte: golpea, golpea (es decir golpea la tierra con

una vara para que te oiga). Luego dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: enfermedad. Luego dicen las gentes: ¡Oye! y él dice: golpead de nuevo; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: está en el vientre; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: está en la cabeza; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: tiene los gusanos; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: golpead de nuevo; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: está poseído de un espíritu; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: la sombra de su padre quiere algo; y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: son las sombras de sus antepasados; y dicen las gentes ¡Oye! Las sombras de sus antepasados dicen: ¿por qué no cuida de nosotras? ¿por qué no nos reconoce por más tiempo, después que le hemos protegido durante su juventud? Luego dicen las gentes: ¡Oye! ¿No quiere construir un gran kral en honor nuestro? ¿por qué no nos reconoce siempre? Después dicen las gentes: ¡Mira, esto es! Y dice él: preguntan por qué no se mata ya ningún animal en holocausto suyo. Después dicen las gentes: ¡Mira, esto es precisamente! Después dice él: golpead de nuevo, amigos míos, para que oiga. Y dicen las gentes: ¡Mira, mira, cada vez se acerca más al sitio de la desgracia! Después dice él: la sombra de su padre está encolerizada con él. Y dicen las gentes: ¡Oye! y dice él: está débil, está enfermo, las sombras le llaman. Dicen las gentes: ¿Quién te lo dice? ¡oye! Y dice él: golpead más, amigos. Luego saca su caja de tabaco, derrama un poco y sorbe otro poco, mientras las gentes que han golpeado callan; y después que ha tomado su rapé, ellas van y le piden de él y él sorbe y acaba, y dice: golpead de nuevo, amigos míos; y las gentes dicen: ¡Oye! Y él dice: tiene un dolor punzante en las tripas y luego dice: está enfermo, muy enfermo. Y dicen las gentes: ¡Oye! Y dice él, curará si se sacrifica un animal. Y las gentes dicen: ¡Oye! Y dice él: que las sombras de esta ó de aquella vaca determinada se saquen del rebaño de aquél. — Y cuando de esta suerte ha terminado, las gentes le entregan el regalo que le han traído y regresan á su casa». El hechicero sigue refiriendo que al regreso de los que han sido enviados al médico, los que se han quedado en la casa les preguntan cómo y qué les ha dicho y hecho y añade que se deciden á sacrificar la vaca deseada. «Todos convienen y entonces sale uno afuera y cuando se va alejando hacia el kral, todos los de la cabaña guardan silencio, mientras da vueltas alrededor del kral y de la valla de éste, diciendo orando á las sombras: ¡Honor á tí, señor! Envíanos una bendición, una bendición, puesto que realmente has exigido una vaca: haz que desaparezca por completo la enfermedad y entonces sacrificaremos la vaca. Y por nuestra parte decimos: haz que el hombre enfermo salga de la enfermedad: sal, que no esté más enfermo y que mate tu animal, pues hemos consentido en que él lo ha de tener para su propio uso. ¡Alabanza á tí, señor! ¡Buenas nuevas! Ven, déjanoslo ver cómo camina cual los demás. Ahora que te hemos dado lo que querías, déjanos ver si esto es necesario ó no para su curación, y haz que la enfermedad se pase. Después de esto, se dirige al corral de las vacas con la espada en la mano, penetra en él y hiere al animal: la vaca grita y dice ¡yeh!, á lo cual aquél contesta: un animal para los dioses debe dar señales de dolor: así es justo y esto es precisamente lo que vosotros queréis. Entonces retiran al animal, se lo comen y ya están listos. Si este sacrificio no cura al enfermo, éste pregunta á otras gentes que le dicen: el hechicero ha mentido; siempre encuentra alguna excusa para robar á un hombre su última vaca; deja que consultemos á otro, el cual, antes de contestar, pregunta qué regalo le traen y luego ó bien dice que el espíritu se niega á ser preguntado porque no está dispuesto ó porque está ausente; ó bien pregunta diciéndoles que golpeen y las sombras